

LA FE NO ES EGOISMO

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

ENTRAMOS en la Cuaresma, y debemos preguntarnos: ¿empezará nuestra vida religiosa durante este período que se llama de penitencia, como el año pasado?

La Hoja del Lunes nos contaba, en 1967, que se preparaban 15 toneladas de hierro para los penitentes de Semana Santa. Y que en los cinco primeros días se habían vendido en Madrid 2.000 cilicios y 1.000 disciplinas.

Hoy, en cambio, el mundo religioso español nos da una panorámica muy distinta, gracias al Concilio VATICANO II, que parece haber levantado, aunque sea lentamente, en católicos y no católicos, una ola de adaptación a la realidad humana, y una renovación de los cuadros eclesiales y eclesiásticos que quiere ir al fondo de la cuestión, sin quedarse en pequeños arreglos superficiales.



La religiosidad a la antigua usanza tiene ya muy poco que hacer. Es más: muchos, como el Padre Loew, O. P., se preguntan si esa religiosidad es preferentemente cristiana o pagana. Y en nuestro país cada vez somos más los que dudamos que tenga mucho que ver con el Evangelio.

¿No estamos, los católicos, en el Año de la Fe? Pues, entonces, éste es el examen de conciencia que tenemos que hacer: el de nuestra situación religiosa.

«Antes, la masa estaba compuesta de menores de edad mental, y era tratada como tal», dicen los Padres Loew y Cottier en su trabajo «Dynamisme de la Foi». Y «estas poblaciones estaban caracterizadas por la yuxtaposición de una relativa fidelidad a la práctica..., y una extraordinaria ignorancia religiosa» (idem).

¿Qué podemos esperar —entonces— para el futuro de una estructura de Iglesia que mantuviera esta masa infradesarrollada, como elemento básico de choque ante un mundo donde «la incredulidad moderna es densa..., segura de sí misma y conquistadora»?

Y por eso debemos darnos cuenta de que «sólo una fe viva y vivificadora, consciente de su propio dinamismo, puede hacerle frente».

Pero sinceramente: ¿es esto lo que tenemos?, ¿o más bien la descripción que hacen esos dos dominicos de la masa existente en países de tradición católica, hoy en vías de des cristianización?

Debemos hacernos todavía incluso una pregunta más, de cara a nosotros mismos: ¿es esta religiosidad, superficial y confusa, la base adecuada para ser admitido uno a los grandes actos cristianos, sacramentales, que suelen ser aceptados —a causa de esa desviada religiosidad que existe— más como una rutina social o un resguardo contra las desgracias de la vida que como una entrega?

Las recientes Jornadas Nacionales de Liturgia se han planteado este problema, aunque haya sido tímidamente. Y lo han resuelto —como han hecho ya muchos episcopados— tomando, más en serio que hasta ahora, la posibilidad de retrasar la recepción del bautismo cuando no se esté seguro de la base religiosa que los padres den a este acto. Eso hicieron también hace unos pocos años los obispos franceses, adelantándose a nosotros.

Por eso se preguntan muchos en la Iglesia si «¿la presunción en favor de la validez de los sacramentos (que se suelen dar indiscriminadamente) corresponde a la realidad?» (Padres Loew y Cottier, O. P.). O más bien,

en bastantes casos, no es ya posible presuponer lo que no es claro que sea una realidad: la intención auténticamente cristiana al recibirlos.

En casos, cada vez más numerosos (piénsese en los suburbios de las grandes ciudades), el niño crece en un ambiente apartado de un auténtico clima cristiano, y de ahí que ese bautismo, dado sin discernimiento, no corresponda ni siquiera a las benignas condiciones que el actual Derecho Canónico exige para poderlo administrar.

Tendríamos ya que preguntarnos también, en nuestro país, si no debemos pensar en la posible implantación del catecumenado; en el que se vayan adoctrinando cristianamente —sin otra exigencia más— a los que en ambientes apartados de la Iglesia muestran, sin embargo, una atracción hacia el cristianismo, sin obligar a todos sin distinción a recibir unos sacramentos



¿Crece en un clima cristiano el niño que vive en los suburbios de las grandes ciudades?

que, en algunos medios, han dejado de tener un claro sentido, porque se ha perdido en ellos el significado religioso auténtico.

Cuando, en 1966, decía el Obispo de Guadix que, en bastantes españoles, la religión era «un adorno», una expresión del «folklore», o una ventaja «financiera o social», no hacía sino ponernos en guardia para que pensásemos mejor nuestra situación. Y si, por el camino rutinario que vamos, es verdad que hacemos —como quisiera el Concilio— cristianos con fe operante y personal, o más bien autómatas de una práctica exterior religiosa, que da muchas veces más importancia a las procesiones que al sacramento; al acto exterior sacramental, que a la fe viva por el amor.

Monseñor Jubany, Obispo de Gerona, ha hablado también en este Año de la Fe y ha dicho que debemos revitalizarla. ¿Qué razón tiene para recordar esto, sino porque está demasiado muerta esa fe, casi únicamente existente a fuerza de rutina e ignorancia, de práctica externa y de carencia de participación personal y consciente?

Este prelado español, tan realista, nos advierte bien claramente —aunque sea más moderado que yo— de algo demasiado olvidado entre nosotros: «la palabra actúa en los sacramentos no porque es pronunciada; es decir, en virtud del sonido exterior de la voz, sino porque es creída». Nada de magia religioso-sacramental; eso es algo definitivamente a desterrar.

Por eso yo les pediría a mis amigos evangélicos españoles que meditasen sobre lo que en este artículo digo. Y sobre todo en estas palabras que transcribo de Monseñor Jubany: «El creyente, cuando recibe un sacramento, expresa exteriormente la fe que profesa en la intimidad de la conciencia». Y que, tras leer tales palabras, dedicaran unos minutos a reflexionar toda su pastoral sobre el Sentido de nuestra Fe. En ella encontrarían una recta descripción de la fe católica y no la vulgar a que estamos acostumbrados, porque esta última da un sentido abstracto, impersonal y sin consecuencias visibles a esta gran cualidad del cristianismo, base de su vida.

Creo sinceramente que necesitamos, por eso, plantearnos, nosotros los españoles, el tema nuevo de la preparación de amplios sectores (obrero, campesino, intelectual...) para una fe operante y viva. Cosa que no se consigue con un simple «entrenamiento» externo, como el que se suele dar todavía con nuestros métodos tradicionales de apostolado y de pastoral.

Habría antes que pensar seriamente si la paciencia que tuvo Jesús en exigir algo concreto de sus discípulos, no tendríamos que ejercitarla también

nosotros con algunos sectores que tradicionalmente se han llamado religiosos y que sólo han vivido una confusa mezcla de cristianismo y paganismo que cada vez es, desgraciadamente, más lo segundo que lo primero por no querer ver el problema.

Se impone meditar en la conveniencia, cada día más sentida, de imitar en algunos casos el bautismo de adultos, tal como se practicó en la tradición de la Iglesia. «Ante el número creciente de bautizos de niños, que crecerán sin duda fuera de toda influencia de la Iglesia, ¿no se podría poner en práctica una pastoral semejante?: el niño de padres verdaderamente indiferentes sería inscrito en el registro de la Iglesia como catecúmeno si lo piden sus padres; pero su bautismo sería subordinado a una instrucción y a un interés suficiente y sincero de los padres que quieran darle una educación cristiana; y, si no ocurre así, se retrasaría el bautismo hasta que el niño tenga la edad adecuada para que pueda solicitar el sacramento (o sea, a los dieciocho o veinte años)» (Loew y Cottier, O. P., o. c.).

Igual habría que plantearse para un futuro, quizá no tan alejado, con las parejas que quieren casarse sin una intención católica clara; pues si no creen verdaderamente en la Iglesia, no habría que fomentar el que lo hagan porque esté hoy bien visto socialmente celebrar el matrimonio por lo religioso.

Y de manera análoga tendremos que comenzar a plantear, de un modo más personal, la obligación de ir a misa el domingo. El cristiano, aunque sea algo tibio, todavía puede ver algo positivo en el precepto; pero ante quien lo ve como «una cosa impuesta por la Iglesia como en la Edad Media», ¿cuál sería la actitud verdaderamente sacerdotal? «¿No debería insistirse en la necesidad previa de instruirse, de orar, y descubrir así lo que verdaderamente es la misa, y no participar en esta ceremonia mientras no se desee de corazón ir a ella?» (Padres Loew y Cottier). Toda esta orientación pastoral realista, que hoy se abre camino poco a poco en la Iglesia, proviene de un deseo cada vez más sentido y legítimo de evitar centrar nuestra actividad apostólica preferentemente en lo jurídico, como hasta ahora; porque lo que habría ya es que «centrar el catecumenado —que tiene que existir— en el amor» (idem).

Algunos parece que entienden los sacramentos como una barrera que los hombres tienen que saltar, como si resultase algo inevitable, en una gigantesca carrera de obstáculos, que fuese su vida cristiana. Y, sin embargo, Cristo en el Evangelio predicó una pastoral de acogida, de comprensión y de ayuda; pero nunca propugnó una pastoral de imposición, ni de rutinario cumplimiento, o de exigencia condenatoria. Así debía ser la nueva faz que presenten los sacramentos en el futuro.

Nuestro mundo español —no seamos ingenuos o inconscientes— está cambiando. En estos días lo comentaba con un grupo de portugueses de paso por Madrid, y me decían que, en su país, pasaba igual. Y, sin embargo, todavía hay muchos que siguen aferrados a lo que vieron (o creyeron ver) en su juventud; que hoy no es más que un recuerdo de madurez o de ancianidad.

La fe —hay que decirlo de una vez— no es nada si no es algo personal; aunque esto nos lleve a modificar muchos juicios rutinarios sobre nuestra realidad religiosa en el mundo actual.

«Los calificativos religiosos que pueden darse a las estructuras sociales humanas —llamándolas católicas por ejemplo— poseen muy escaso valor. Porque no puede hablarse de una institución como si ésta fuese objeto de la fe o de la religión de la misma manera que lo es la persona humana... Todo el problema radica en la fe verdaderamente operante de los creyentes» (Monseñor Jubany).

Las etiquetas que llevan las instituciones no son nada si no hay una realidad viva, tangible, detrás de ellas. La fe tiene que actuar y se tiene que manifestar en el amor a los hombres. Y este amor requiere en el mundo de hoy no sólo cambiar de mentalidad, sino transformar las estructuras para hacerlas más justas, más humanas, más habitables, ya que las simples etiquetas no las hacen, por eso sólo, buenas.

Porque «otro peligro real, para el que cree en Cristo, consiste en poseer una fe, quizá desfigurada en sí misma y en sus consecuencias vitales o existenciales». Estas consecuencias, visibles en la existencia real de los hombres, son las únicas que sirven de piedra de toque a la sinceridad de nuestra fe. «Es fácil pensar en la religión como algo cómodo, consistente en una especie de seguro para este mundo y para el otro». Pero no es tan fácil pensar que la religión pide una fe comprometida, arriesgada en luchar por la justicia y el bienestar de los hombres.

«También es fácil admitir una Iglesia cuyo deber sea sólo predicar la felicidad del mundo futuro, tranquilizando así a ricos y a pobres a pesar de las injustas diferencias sociales tal vez existentes».

Pero esas verdaderas caricaturas de la fe son «posturas, todas ellas, que están excluidas por la verdadera fe de los que creen sinceramente en Cristo» (Monseñor Jubany).

La penitencia cuaresmal que nos pide nuestra fe es ésta: convertirse en el alma, sí, pero también en el cuerpo. Y en el espíritu, y en la verdad, con un mayor amor a los hombres que trascienda a la vida y se vea encarnado en la justicia para todo hombre o mujer, joven o anciano, negro o blanco, que sufra opresión, desprecio u olvido. Porque la fe que se nos pide no es egoísmo.